

su cuerpo abrazada, despidiendo con su postrer beso su postrer suspiro. En aquel Bósforo, donde se juntan las regiones más célebres del planeta, donde se miran las ciudades populosísimas del extremo de Asia y del extremo de Europa, donde vagan desde los recuerdos que despiertan la memoria de los argonautas en las primeras navegaciones hasta los recuerdos de los héroes en las guerras médicas, no hay nada tan recordado y tan querido como las sombras de Leandro y Hero, discurriendo en los giros del aire y retratándose en los cristales del agua.

— He aquí, Nerón, que has contado, sin quererlo y sin pensarlo, con elocuencia la historia de nuestro amor. Yo estoy en una orilla del Imperio y tú en la opuesta. Para verme y hablarme necesitas pasar mares más procelosos que las aguas del Helesponto; los mares de las romanas supersticiones. Declaro sin vanidad, lo declaro, ser yo la estrella de tus ojos como el nocturno fanal encendido en Sestos fué la estrella de los ojos del infeliz Leandro. Te creo cuando me dices la ventura que aquí encuentro; ¡oh! te creo y me asalta un orgullo justísimo viéndome y considerándome señora del señor de la tierra. Hoy nos favorecen los vientos; y la obscuridad en que nuestros amores yacen, los recata, y en este recato los perpetúa, como la noche los sendos amores de nuestros dos malogrados amantes. Pero así como, en medio de la mayor felicidad y cuando más les halagaba y sonreía su interior satisfacción, una ola enemiga y un viento traidor anegaron á los dos jóvenes en el abismo, las intrigas cortesanas, las ambiciones múltiples, los celos y los recelos de tantos como nos atisban y persiguen, acabarán también ¡ay! pronto con los dos, y como tú no seas únicamente mi amor y mi esperanza, como seas también el amor y la esperanza de todos los romanos, habré de abandonarte á suerte más propicia y morirte yo sola como virgen malograda ó como viuda llorosa. En esa historia, por ti relatada con una viveza tan grande, consuela y fortifica ver á los amantes convirtiendo y trocando en amor la muerte. ¿Qué les importa morir á los cuitados, si mueren juntos? Pero nosotros vamos á morir también, víctimas de un destino tan adverso como el que agobió á Hero y Leandro; pero vamos á morir separados.

— ¡Oh! No lo creas, no lo creas, Acté: mi voluntad no consentirá esta separación jamás. Si me colocan en la horrible alternativa

de optar entre mi corona y tus brazos, optaré por tus brazos. Yo muchas veces lo dije: no me siento de modo alguno grande y excelso allá en las cumbres del trono; me siento grande y excelso aquí en el recatado asilo de amante corazón. El trono me quita mi verdadera gloria, la gloria de artista. Yo no había nacido para mandar; yo había nacido para cantar. La Naturaleza me hizo, no del hierro de los combates, no del oro de los cetros, del aroma de los laureles y de los mirtos. Créete que si yo cantara como sé ante un auditorio helénico; si yo tañera mi cítara en el oído abierto á toda melodía de los pueblos artistas; si yo representara una tragedia de Sófocles en un teatro de Atenas; si yo compusiera versos y luego en público los dijese, ganariame una vida tan lujosa como aquella que pueden darme los grandísimos tesoros imperiales. Si quieres, dejemos Roma y vámonos juntos á cualquier isla griega. En Rodas todo nos halagaría. Tú brillarías por la hermosura y yo por el arte. Seguiríannos las gentes con entusiasmo. No habría cortesanos, ni habría intrigas, ni esas pasiones que temes, ni esos vientos ni esas olas de ambición siniestra en que sospechas con tanta razón anegarte. Viviríamos pareados el uno para el otro. Los álamos nos darían sombra, el mar serenatas, nuestro amor lo infinito, el arte regocijo y recreo con los múltiples medios de vida que necesitásemos. Allí seríamos el uno para el otro solamente. Allí yo me miraría en tus ojos sin recelo de cansarme y tu oirías mis canciones arrobada en éxtasis perpetuo.

— No continúes: todo eso es muy bueno para dicho; mas no quiere, no, que suceda el adverso hado nuestro. Tú no tendrás otro remedio sino aceptar el imperio que te depara la suerte y casarte con Octavia que te depara el imperio. Quieras ó no, habrás de obedecer á tu madre Agripina; y quiera ó no Agripina, por su parte habrá de someterte á esta dura necesidad, á casarte por la razón de Estado y no por los impulsos del corazón. De mí no te acuerdes. Con tal que yo sepa la preferencia de tu corazón por el mío, bastante poco me importan las designaciones oficiales de otra para tu aparente compañera y esposa. La cadena penetra en el interior nuestro como si tuviese un cortante filo y nos hiere allá en el alma. Yo no quiero ser sino tu esclava, tú esclava predilecta, pero tu esclava, Nerón mío.

— Mas yo, por lo contrario, yo quiero ser tu esposo. El principado ejercido por mí en Roma pide que los demás sean siervos; pero que yo sea libre. Y si carezco de la rudimentaria facultad ejercida por el último romano, del albedrío para elegir la esposa preferida por mi amor, ¿dónde se halla, dónde, mi libertad? Yo quiero vivir contigo y á tu lado. Yo no pongo un grandísimo empeño en llamarme rey ó emperador de Roma; lo pongo en llamarme marido de Acté. Un matrimonio con Octavia me parece un suplicio perdurable. La estada, por lo contrario, á tu lado me parece una residencia gloriosa en los Elíseos Campos, lleno de bienaventuranza. No porflies, porque, te lo digo, dejaré mi corona, tomaré camino de Ostia, y en el puerto aquel nos embarcaremos para vivir de nuestro amor en casa y de nuestro arte fuera.

Cuando acababa el joven príncipe de pronunciar tales palabras, un esclavo comunica que el senador Vitelio quiere hablar con el príncipe Nerón para cumplir un mandato de la emperatriz Agripina. Los dos jóvenes palidecen, primero á los siniestros nombres pronunciados, y luego á la idea de que su retiro se conoce y espía.

— Deja — le dice Acté con lágrimas — este amor sin matrimonio; y abraza, obedeciendo tu destino, el matrimonio sin amor.



CAPÍTULO VII

CORONA Y YUGO

En cuarto muy próximo al de la escena precedente aguardaba Vitelio á Nerón.

— ¿Tú aquí? — preguntó éste al enviado de su madre.

— Yo aquí — respondió el embajador con arrogancia.

— ¿Cómo has conocido un escondrijo cual éste?

— Yo no soy yo, Nerón; yo soy la voz de tu madre.

— Harto lo sé.

— Por consiguiente no hay medio de que tu madre ignore las casas que frecuentas.

— Creo que sabe hasta los ensueños de mis noches y los pensamientos de mi conciencia.

— Pues no debes, conociéndola como la conoces, extrañarte de que haya sabido tu escondite y menos de que haya enviado un devoto tan fiel como yo en tu busca.

— ¿Qué quiere de mí?

— Quiere de ti una enajenación de la libertad indispensable al allegamiento de corona para tus sienes tan espléndida como la corona del sol.

— Hablando en plata: quiere que me case.

— Justo: eso quiere, que te cases.